



LA DÉCADA DEL CAMBIO

Alfonso GUERRA

Para valorar los efectos que la experiencia de una década de gobierno socialista ha tenido sobre la historia de España, seguramente carecemos aún de la suficiente perspectiva que el paso del tiempo garantiza. Pero sí es, al menos, posible establecer algunas valoraciones sobre las transformaciones que el socialismo español ha intentado realizar a través de la acción de gobierno.

Tras una década de gobierno socialista, ¿puede afirmarse que España está dejando atrás sus problemas crónicos, producto de la intolerancia, del fanatismo y de los condicionamientos socioeconómicos que durante los dos últimos siglos han caracterizado el devenir histórico del país?

Los viejos males que tradicionalmente han aquejado al país impedían el definitivo encauzamiento de la sociedad española hacia las cotas de modernidad y madurez política que disfrutaban las naciones más avanzadas de nuestro entorno europeo. La transición democrática española, alabada en todo el mundo, se produjo sobre un tejido

social en profunda transformación. Frente al apartado político oficial ficticio del franquismo, se alzaron fenómenos sociales y económicos que permitieron desmontar unas superestructuras inservibles, para intentar levantar un edificio que respondiera a los retos históricos de los españoles, y consiguiera la modernización del país y la reconciliación de los ciudadanos.

Más tarde, esos mismos factores tendentes a la modernización, apoyados por más amplios sectores y clases sociales, redundaron en una necesidad de cambio, de reemprender el camino con nuevos protagonistas que fueran capaces de profundizar en las tareas inaplazables de dar un contenido de fondo a la transición ya formalmente acabada.

Este periodo culmina en las elecciones del 28 de octubre de 1982, con más de diez millones de votos a favor del Partido Socialista Obrero Español. Los ciudadanos españoles dieron su confianza a un proyecto de cambio para enfrentarse definitivamente a los viejos desafíos. Se produjo una canalización de expectativas confluyentes en torno al proyecto socialista.

Durante los últimos diez años, España ha dado un paso histórico importante en la resolución de los problemas pendientes en nuestro país. En 1982 la democracia no era una realidad consolidada en España; el país se encontraba sumido en una severa crisis económica, con serias consecuencias en el desempleo y en la capacidad adquisitiva de

los ciudadanos; existían importantes déficits en las políticas sociales, en la educación, en la sanidad y en el sistema de pensiones. En 1982 España estaba muy alejada del modelo de sociedad del bienestar que se disfrutaba en la mayoría de los países europeos.

A los socialistas correspondió, tras el abrumador apoyo electoral del 28 de octubre de 1982, llevar a cabo una profunda y gradual transformación de España. En estos años se ha consolidado la democracia y se han sentado las bases de un Estado moderno y saneado, integrado en el concierto internacional, con un crecimiento económico por encima de la media europea y unas políticas sociales en progreso sostenido.

Tras una década de gobierno socialista, ¿hoy España se encuentra capacitada para hacer frente con éxito al desafío que supone la Unión Europea? ¿Cuál es el balance de estos diez años de gobierno socialista? ¿Positivo, negativo o neutro? Examinemos los efectos de la década sobre los problemas históricos de España.

Intencionadamente no abusaré, como es habitual, de referencias a los parámetros económicos básicos: inflación, crecimiento, producto interior bruto, déficit, etc. Porque no acepto el reduccionismo economicista de la política, tan a la moda. La razón política reivindica la devolución de su prevalencia sobre los aspectos económicos. A la vez que la ecología pide la primacía que hoy tienen los argumentos económicos en las decisiones de crecimiento y desarrollo.

Retomo la pregunta: ¿qué efectos han tenido estos diez años de experiencia socialista de gobierno sobre los grandes e históricos problemas de España? Enumeremos los problemas de mayor importancia histórica:

A. El cuestionamiento del Estado. España, nación mucho más antigua que la mayoría de las naciones europeas, ha sufrido

***Los ciudadanos españoles
dieron su confianza
a un proyecto de cambio
para enfrentarse definitivamente
a los viejos desafíos.***

siempre un cuestionamiento que ha provocado una tendencia centrifugadora.

B. La pobreza, el atraso respecto de otros países, la siempre pendiente revolución industrial, la injusticia en el reparto social de la riqueza.

C. La división en bandos irreconciliables, producto de una situación social injusta, que ha dado lugar a un proceso histórico, con escasos periodos de democracia y largas etapas sin libertad, con repetidos pronunciamientos militares e incluso con enfrentamientos bélicos entre españoles.

D. La ignorancia, la incultura, la falta de educación que ha lastrado el desarrollo cultural, técnico e industrial de España.

E. El aislamiento tradicional de España, que la hacía cerrarse sobre sí misma y le impedía el acceso a la realidad foránea.

Así, cuestionamiento del Estado, pobreza, injusticia social, división en bandos, ignorancia, incultura y aislamiento hacían de España un país atrasado, sin presencia en el mundo internacional. Veamos qué cambios se han producido en estos diez años y qué España hemos sabido construir entre todos.

A.

En cuanto al cuestionamiento del Estado se ha conseguido la paralización de una tendencia centrifugadora que empujaba a colectivos territoriales a poner en crisis la propia existencia de España. En estos años se ha culminado la estructuración del Estado de las Autonomías establecido en la Constitución de 1978. Las 17 Comunidades Autónomas, los 17 Estatutos de Autonomía, suponen un esfuerzo histórico de dotar de personalidad política, económica y cultural a las diversas identidades españolas.

No acepto el reduccionismo economicista de la política. La razón política reivindica la vuelta de su prevalencia sobre los aspectos económicos.

Tras las transferencias derivadas del pacto autonómico, la descentralización del gasto será del 48,5%, situándose España entre los tres Estados más descentralizados del mundo, tras Canadá (57,8%) y Australia (50,5%). Y aún quedan nostálgicos que consideran deudor al Estado. A la luz de estos datos resulta aún más inexplicables las actitudes conservadoras recientes.

Hay otro aspecto importante de los problemas territoriales en el que se ha conseguido una corrección notable. Me refiero a la relación de desigualdad en la riqueza de las regiones. Baste decir que si en 1982 entre la más desarrollada y la menos, la riqueza estaba en proporción 2,7 en 1991 esa relación se había reducido hasta 2. Notable igualación territorial en nueve años, dada la lentitud histórica de estos procesos de corrección de desigualdades.

B.

En una experiencia de gobierno socialista, la lucha contra la desigualdad de las clases y las personas, la lucha contra la pobreza, debe ocupar lugar preferente entre sus preocupaciones. Se han publicado en estos años varias estadísticas relativas a la pobreza en España. Sin entrar aquí en la veracidad ni aún en la intencionalidad de algunas, bastará reflejar que, tomando las cifras más desfavorables, en estos años se ha reducido en un tercio el número de personas que podrían definirse pobres, con el parámetro europeo que fija el límite en un

La lucha contra la desigualdad de las clases y las personas, la lucha contra la pobreza, debe ocupar un lugar preferente.

ingreso *per cápita* inferior a la mitad del ingreso medio.

Además, los españoles han más que doblado su renta *per cápita*, y hay 1.700.000 ocupados más que en 1982, aunque el desempleo siga siendo el problema principal de preocupación de los españoles.

Signo del aumento del bienestar es que España ha pasado en pocos años de ser un país con excedente migratorio muy alto a un país receptor de mano de obra de emigrantes.

En la búsqueda de la nivelación social de los españoles se debe subrayar lo que llamo las tres universalizaciones: la sanitaria, la protección social en pensiones y la educativa.

En 1982 había seis millones de españoles que no tenían derecho a acceder al sistema público de salud. La cobertura de seis millones más de personas ha supuesto un paso cualitativamente importante en la lucha contra las desigualdades. En 1982 el Sistema de Protección Social era débil y estaba abocado a una grave insolvencia presupuestaria. En estos años:

— Un incremento espectacular en los gastos de protección social. En 1982 se dedicaban a estas atenciones 3,4 billones de pesetas, en 1992 se destinan 11,3 billones.

— La Seguridad Social hace frente hoy a una nómina de pensiones mucho más amplia que en 1982. Tres millones de personas

no tenían una pensión y ahora sí la disfrutan, se ha multiplicado la cuantía de las mismas, por 3,5 (de algo más de un billón en 1982 a casi 5 billones en 1992).

— Se ha creado un *nivel no contributivo* de protección que otorga a los españoles, por primera vez en nuestra historia, el derecho a obtener una pensión económica de vejez o invalidez cuando se encuentren en situación de necesidad y no tengan acceso al sistema profesional o contributivo.

En la política educativa se ha logrado también universalizar el derecho a la educación, garantizando la escuela a todos los niños españoles, creando más de 1.400.000 puestos escolares y extendiendo la educación general y obligatoria hasta los 16 años.

Un país pobre es un país sin infraestructuras. En estos años se ha realizado un esfuerzo importante para proveer a España de una red de infraestructuras capaz de acomodar el crecimiento económico.

C.

El demonio familiar del secuestro de la libertad ha dado origen a frecuentes enfrentamientos entre españoles. En 1982, la democracia española era frágil. En estos años se ha afianzado definitivamente, aunque de vez en vez, como dijo el poeta, ésta sea tierra «por donde cruza errante la sombra de Caín». Aún se mata por fanatismo en España, aunque también en este dominio se ha dado una seria batalla al terrorismo, lo que permite otear el fin.

Ciertamente nuestra democracia es siempre cuestionada por personas, grupos desde la política y sus entornos, la economía, algunos intelectuales y medios de comunicación. Buena norma es recordar que la democracia es como el aire, sólo se la valora cuando falta. Cuidémonos tanto de los que

no quieren el perfeccionamiento de los sistemas democráticos como de los profesionales del desencanto que rechazan sistemáticamente toda forma de democracia.

D.

La concepción de la educación como un derecho básico de los ciudadanos, que ha de ser garantizado por los poderes públicos, debe ser un rasgo fundamental del proyecto socialista, puesto que el acceso en igualdad de oportunidades a la educación es una condición imprescindible para crear una sociedad de hombres y mujeres libres, capaces de elegir su propio futuro individual y de construir solidariamente su futuro colectivo.

En 1982 se inició un ambicioso proyecto de reformas destinando importantes recursos e incorporando más profesores con el objeto de transformar profundamente nuestro sistema educativo, democratizándolo y modernizándolo.

El número de estudiantes becados, es decir, la ampliación del derecho de igualdad de oportunidades, se ha multiplicado por 4,6. Se trata de 586.000 estudiantes becados más. (Se ha pasado de 162.269 en 1982 a 748.307 en 1992). El gasto de los españoles en becar a estudiantes *sin medios* se ha multiplicado por 10.

E.

En 1982 se inició a una nueva etapa de la historia de España, en la que la paulatina consolidación democrática permitió normalizar las relaciones internacionales del país, y configurar una política exterior acorde con nuestros intereses, capaz de abordar la tarea de insertar definitivamente a España en Europa y significó el fin del aislamiento de España. La adhesión de España a la Comunidad Europea, el 1 de enero de 1986, re-

presentó la culminación de una aspiración histórica en la que se reafirmó la vocación europeísta de España.

En política internacional se han tomado otras decisiones importantes en estos años. Baste citar la decisión popular de permanencia en la OTAN y el nuevo acuerdo de cooperación hispano-norteamericano. En ambos casos la derecha, acompañada por otros sectores, negó que los socialistas se atrevieran a cumplir con sus compromisos electorales. Sin embargo, la historia muestra la firmeza de los socialistas a la hora de rendir cuenta de su contrato social. Se celebró un referéndum para decidir sobre la relación internacional en materia de defensa y se lograron unos acuerdos con los Estados Unidos que devolvían la dignidad a la relación bilateral. Del cumplimiento de esos acuerdos se conoce perfectamente su exactitud.

La celebración de una Conferencia de Paz sobre Oriente Medio en Madrid y la participación de tropas españolas en varias operaciones de Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz, pueden considerarse como un notable reconocimiento internacional a la coherencia de la política exterior de España, y a la creciente importancia del papel de España en el mundo.

Hemos dado un repaso a los problemas históricos de España, mostrando el encauzamiento general de estas dificultades ancestrales. Pero, ¿no tiene la España de hoy problemas? Sí, y problemas importantes, algunos nuevos, otros viejos.

Cuidémonos tanto de los que no quieren el perfeccionamiento de los sistemas democráticos como de los profesionales del desencanto.

La concepción de la educación como un derecho básico de los ciudadanos debe ser un rasgo fundamental del proyecto socialista.

Hace sólo una década la fragilidad del Estado de derecho era una evidencia indiscutible. El viejo fantasma del retorno al pasado, del paréntesis y de los regímenes absolutos ha quedado por fin detrás. Sólo la intolerancia y el fanatismo de los grupos violentos ensombrecen el perfil limpio y pacífico de nuestra democracia.

Además, el desempleo, con una tasa de población activa aún baja, la droga, la vivienda, la admiración por el dinero y el consumo, las tendencias a la burocratización, el peligro corporativo, los posibles brotes de xenofobia, la preservación del medio ambiente, la defensa de la lengua, la necesidad de responsabilidad en la derecha política, económica y de los medios de comunicación, la vertebración de la sociedad, con la participación activa de todos los agentes sociales, económicos, culturales, son problemas que, habiéndose abordado, aún permanecen.

¿Qué pensarán los españoles de lo hasta aquí logrado? ¿Verán un signo de progreso de la acción socialista esos seis millones de españoles que han accedido al derecho a la sanidad? ¿Qué pensarán los tres millones de españoles que disfrutaban de pensión y que antes no disfrutaban de ella? ¿Qué pensarán los padres de ese casi millón y medio más de niños con derecho a la educación, los padres de los 600.000 estudiantes becados nuevos?, ¿los que ocupan 1.700.000 puestos de trabajo nuevos?, ¿y los que lo buscan y no lo tienen?, ¿qué los 10 millones de españoles más que viajan cada año? Estas son las respuestas de la democracia.

En estos diez años de gobierno socialista España ha cambiado, los españoles han sabido cambiar aspectos fundamentales de su vida diaria y del papel de su país en la historia. El mérito recae sobre el conjunto de la sociedad española, la responsabilidad sobre los gobernantes de esta década.

A mi parecer, el pueblo sigue apoyando un proyecto de progreso como el que ofrece el socialismo español. Tras el hundimiento del comunismo y la Unión Soviética, y el evidente fracaso del neoliberalismo, véase si no el resultado electoral de los Estados Unidos, el socialismo democrático está en situación de superar el bache conservador del final de las ideologías, del final de la historia. La historia no ha hecho más que comenzar.

Porque hay tareas importantes que hacer. La tarea realizada en la primera década de gobierno socialista en la historia de España no encuentra en el emblemático año 1992 el final de un ciclo político, sino que en este año los socialistas asumen una nueva responsabilidad: la que supone alcanzar los objetivos del 97, la Europa del Futuro. Y este es el mensaje ilusionante a transmitir a la sociedad: con voluntad política y tesón podemos culminar esta etapa histórica en ese proyecto siempre inacabado llamado España, y eliminar definitivamente las distancias que nos separan de las sociedades que más bienestar disfrutaban en el mundo.

Hay que ilusionar a la sociedad española con un nuevo proyecto nacional. Y ahora necesitamos un nuevo objetivo ilusionante para la sociedad española; el objetivo no puede ser otro que el colocar a España entre los países con más capacidad de bienestar, más capacidad de desarrollo, mayores cotas de felicidad de la gente para el año 97. No es casual el año 97, porque hay unos plazos establecidos por el Tratado de Unión Europea. Hay que convencer de que es posible conseguir esos objetivos. Debemos pregun-

tar a la gente y preguntarnos a nosotros mismos, ¿es posible conseguir ese objetivo, que España sea, el primero, el segundo, el tercero de los países europeos, en bienestar, en modernidad? ¿Es posible conseguirlo? Creo que sí. Pero esto cuesta esfuerzo, esfuerzo de hacer bien las cosas, más que esfuerzo de sacrificio. Esfuerzo de trabajo, y de trabajo de hacer las cosas bien hechas, no es un esfuerzo social de menos capacidad económica, de menos bienestar, tenemos capacidad para hacerlo.

Tenemos por hacer tareas extraordinariamente importantes; la tarea de vertebración de la sociedad española, de vertebración social de los ciudadanos españoles, que no pueden hacer más que los socialistas, casi no hay instituciones hoy que vertebran a la sociedad. El nuevo Estado de las Autonomías ha fragmentado a la mayoría de las instituciones, y hoy no hay instituciones ni partidos políticos que vertebran a la sociedad, casi en solitario el Partido Socialista. Responsabilidad histórica que no podemos obviar. Tenemos necesidad también de mantener el concepto cultural, administrativo y político de España como nación; quién nos lo iba a decir, que fuéramos nosotros los que íbamos a tener que salvaguardar el concepto de España como nación, porque los demás están en una especie de subasta en la que todo vale con tal de arrancar un trozo de poder. La Constitución española, en contra de las posiciones que sostuvimos los socialistas, dejó la estructura del Estado abierta, y algún día teníamos que habernos planteado el cierre de la estructura del Estado. Lo hemos intentado realizando un pacto autonómico entre la fuerza principal de los conservadores y el Partido Socialista, pacto autonómico que dice en su texto que *ultima* la política de consolidación del Estado de las Autonomías, y en muy poco tiempo hemos visto cómo los conservadores, sin atender el perjuicio que puedan estar causando, lo rompen; en Galicia, con la propuesta de Fraga Iribarne de Administración Unica y

en Aragón apoyando el Pacto Autonómico y el antipacto autonómico. Parece el destino de las derechas históricas españolas: los intereses grupales, sectoriales, por delante siempre de los intereses nacionales.

Tenemos ante nosotros el proyecto de la consolidación de una España europea. Y debemos garantizar el mantenimiento y el reforzamiento de los valores socialistas, hoy combatidos de una manera feroz por la derecha. El mantenimiento del concepto de libertad, de democracia, de nivelación social, de justicia social, de solidaridad con el que menos tiene. Nuestra tarea tiene que estar presidida por un concepto de nivelación social, que no significa que todos deban ser iguales, pero sí que todos tengan la posibilidad, el derecho de llegar a ser iguales.

Y finalmente, aunque no sea lo último, la modernización de España, en infraestructuras, en desarrollo equilibrado, en cambio cultural. La defensa de los valores progresistas, la nivelación social y la modernización de nuestro país, dentro del concepto de construcción europea que en el mundo cada día adquiere mayor importancia por la división internacional, por el nuevo desorden internacional que se está organizando, son las tareas que debemos desarrollar.

¿Con qué ritmo, con qué intensidad seremos capaces de continuar impulsando estos grandes objetivos del socialismo democrático? El ritmo y la intensidad dependerá de nuestra *voluntad política* y de las *circunstancias* políticas, sociales y económicas.

***El viejo fantasma
del retorno al pasado,
del paréntesis y de los
regímenes absolutos
ha quedado por fin atrás.***

En estos diez años los españoles han sabido cambiar aspectos fundamentales de su vida diaria y del papel de su país en la historia.

Después de varios lustros de predominio neo-conservador en los países más poderosos de este planeta, parece que estamos asistiendo a un cambio de tendencia, como están poniendo en evidencia la derrota de Bush en EE.UU. y el declive de Major en el Reino Unido. El fracaso electoral del neo-conservadurismo es un reflejo claro de su fracaso económico y social; su herencia ha sido: recesión económica, aumento de las desigualdades sociales y graves fluctuaciones monetarias.

En Europa el fin de la guerra fría, el colapso del comunismo y la reunificación alemana, parecía que podrían abrir un periodo de nuevas oportunidades para los pueblos europeos, en la apuesta por consolidar sistemas democráticos maduros y responsables, basados en criterios de libertad, eficiencia, cooperación y solidaridad. Pero, en muchos aspectos, el cambio de situación ha vuelto a reabrir los viejos problemas europeos anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Así, estamos viendo cómo las imágenes ilusionadas que hace poco meses se reflejaban en las pantallas de nuestros televisores, han sido sustituidas por la preocupación y el horror que despiertan las guerras civiles nacionalistas, los conflictos de fronteras, las «depuraciones étnicas» y, en definitiva, la ola de intolerancia, de racismo y de xenofobia que está azotando varios pueblos europeos.

En este contexto, el clima de hostilidad —y hasta de persecución— contra los partidos políticos —sobre todos los progresis-

tas— que algunos alientan y jalean, es un hecho que todo demócrata debiera contemplar con seria preocupación. Es cierto que los que quieren comparar situaciones como las actuales, con crisis anteriores, como la que acabó con la República de Weimar, no tienen suficientemente en cuenta los nuevos datos de la situación política actual. Pero el riesgo de deslizamiento por una pendiente de intolerancia, de nacionalismo y de xenofobia es un riesgo evidente.

Por ello, en momentos como los actuales, en los que se abren nuevas posibilidades fructíferas para el futuro, pero a la vez nuevos riesgos e incertidumbres, es necesario mantener y defender con una gran claridad y firmeza los principios en que se fundamenta el sistema democrático; sobre todo en lo que hace a las garantías y seguridades jurídicas y políticas. Por eso, se equivocan los que creen que «todo vale» para atacar y descalificar a algunos partidos políticos. Y se equivocan en mayor grado los que, no compartiendo este criterio, se hacen cómplices con su silencio o su cobardía, desviando su vista de actuaciones y de comportamientos que pueden minar poco a poco los propios fundamentos del Estado de derecho.

Los periodos de crisis requieren responsables políticos e intelectuales con el coraje moral suficiente para decir la verdad, aunque no sea del agrado de quienes jalean irresponsablemente todo lo que vaya contra los políticos y la política. Sobre todo contra los políticos progresistas.

Los socialistas españoles siempre defendimos el criterio de que las libertades son indivisibles e irrenunciables. Desde Pablo Iglesias, hasta los años aún recientes de lucha por la democracia, sin olvidar a Fernando de los Ríos, que respondió a la pregunta cínica de Lenin «Libertad, ¿para qué?», con un rotundo «Libertad para ser libres». De la misma manera, los socialistas

españoles creemos hoy que el sistema de garantías políticas democráticas es indivisible e irrenunciable. Igual para todos.

El futuro de la democracia dependerá del coraje moral de todos para defender pública y claramente la legitimidad de los partidos políticos y de los métodos democráticos y honestos de actuación política. Para defender y proteger a todos los ciudadanos contra la intolerancia, la discriminación y el resentimiento, sea cual sea su raza, su nacionalidad, sus ideas políticas o religiosas.

No hay que engañarse, esa es una frontera común para todos, como muy bien nos recordó en su tiempo Bertolt Brecht en un bello y lúcido poema:

Primero se llevaron —decía Brecht—
a los comunistas, pero
a mí no me importó
porque yo no lo era.

Bertolt Brecht escribió su poema cuando ya era demasiado tarde. Muchos, quizás, no lo entendieron a tiempo.

Hoy, sin embargo, la experiencia histórica nos ha vacunado —nos debería haber vacunado— contra estos riesgos. Sabemos que hay que reaccionar a tiempo y con firmeza contra los fantasmas de la intransigencia inquisitorial, los fantasmas de la intolerancia, del racismo, de la xenofobia y

***Con voluntad política y tesón
podemos culminar
esta etapa histórica
en ese proyecto siempre
inacabado que es España.***

de los nacionalismos violentos y disgregadores.

Por ello, cuando estamos asistiendo al fin de un periodo de predominio conservador en el mundo, es importante que los socialistas europeos en general, y los españoles en particular, dotemos a nuestro proyecto del impulso político, el vigor programático y el coraje personal que requieren los tiempos que nos ha tocado vivir.

La crisis del comunismo ha abierto un espacio democrático para millones de seres humanos, la crisis del neoliberalismo ha abierto un espacio para la política social. Un espacio democrático, un espacio social. Este doble espacio se identifica con el socialismo democrático.

Conferencia pronunciada en la presentación del libro de: Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), «La década del cambio. Diez años de gobierno socialista, 1982-1992», Editorial Sistema, Madrid, 1992.